

Biografía y 15 poemas de GABRIELA MISTRAL

(Lucila Godoy, llamada Gabriela Mistral), escritora chilena (Vicuña 1889-Nueva York 1957). Hija de un maestro rural, que abandonó el hogar a los tres años del nacimiento de Gabriela, la muchacha tuvo una niñez difícil en uno de los parajes más desolados de Chile. A los 15 años publicó sus primeros versos en la prensa local, y empezó a estudiar para maestra. En 1906 se enamoró de un modesto empleado de ferrocarriles, Romelio Ureta, que, por causas desconocidas, se suicidó al poco tiempo; de la enorme impresión que le causó aquella pérdida surgieron sus primeros versos importantes. En 1910 obtuvo el título de maestra en Santiago, y cuatro años después se produjo su consagración poética en los juegos florales de la capital de Chile; los versos ganadores- Los sonetos de la muerte- pertenecen a su libro *Desolación* (1922), que publicaría el instituto de las Españas de Nueva York. En 1925 dejó la enseñanza, y, tras actuar como representante de Chile en el Instituto de cooperación intelectual de la S.D.N., fue cónsul en Nápoles y en Lisboa. Vuelta a su patria colaboró decisivamente en la campaña electoral del Frente popular (1938), que llevó a la presidencia de la república a su amigo de juventud P. Aguirre Cerda. En 1945 recibió el premio Nobel de literatura; viajó por todo el mundo, y en 1951 recogió en su país el premio nacional.

La obra poética de Gabriela Mistral surge del modernismo, más concretamente de Amado Nervo, aunque también se aprecia la influencia de Frédéric Mistral (de quién tomó el seudónimo) y el recuerdo del estilo de la Biblia. De algunos momentos de Rubén Darío tomó, sin duda, la principal de sus características: la ausencia de retórica y el gusto por el lenguaje coloquial. A pesar de sus imágenes violentas y su gusto por los símbolos, fue, sin embargo, absolutamente refractaria a la "poesía pura", y, ya en 1945, rechazó un prólogo de P. Valéry a la versión francesa de sus versos. Sus temas predilectos fueron: la maternidad, el amor, la comunión con la naturaleza americana, la muerte como destino, y, por encima de todos, un extraño panteísmo religioso, que, no obstante, persiste en la utilización de las referencias concretas al cristianismo. Al citado *Desolación* siguieron los libros *Lecturas para mujeres* destinadas a la enseñanza del lenguaje (1924); *Ternura* (1924), canciones para niños; *Tala* (1938); *Poemas de las madres* (1950), y *Lagar* (1954). Póstumamente se recogieron su *Epistolario* (1957) y sus *Recados* contando a Chile (1957), originales prosas periodísticas, dispersas en publicaciones desde 1925.

VIDA Y OBRA

1889 El 7 de abril nace la poetisa en la ciudad de Vicuña, cuarta región. Sus padres fueron Juan Jerónimo Godoy y Petronila Alcayaga, quienes la bautizaron con el nombre de Lucila.

1892 Lucila tiene tres años cuando su padre abandona la familia y se dedica a recorrer tierras.

1904 Colabora en el periódico *Coquimbo*, de La Serena, utilizando los seudónimos de "Alguien", "Soledad" y "Alma".

1905 A los quince años empieza a trabajar, ejerciendo una ayudantía en la Escuela de La Compañía, aldea vecina a Vicuña.

1906 Tiene 17 años. Conoce a Romelio Ureta, empleado de Ferrocarriles, quien fue el amor de su vida. Durante este período, Lucila sirve una plaza de maestra en la escuela de La Cantera.

1907 Escribe para los periódicos La Voz de Elqui y La Reforma.

1908 Figura en la antología Literatura Coquimbana de L. Carlos Soto Ayala, en la cual éste le dedica un breve estudio y selecciona tres prosas poéticas de la autora: "Ensoñación", "Junto al mar" y "Carta íntima".

1909 El 25 de noviembre, a los 26 años de edad, se suicida en Coquimbo Romelio Ureta. En sus bolsillos se encontró una tarjeta con el nombre de Lucila Godoy. Ella es inspectora en el Liceo de Señoritas de La Serena.

1910 Rinde examen en la Escuela Normal de Santiago para sancionar los estudios y conocimientos adquiridos en la práctica escolar. Durante este año, fue profesora Primaria en Barrancas.

1911 Es nombrada Profesora de Higiene en el Liceo de Traiguén, siendo trasladada después, en 1912, a Antofagasta como Profesora de Historia e Inspectora General.

1912 Es nombrada Inspectora y Profesora de Castellano en el Liceo de Los Andes. Pertenece a la Logia Teosófica "Destellos".

1914 El 12 de diciembre obtiene la más alta distinción en los Juegos Florales celebrados en Santiago, con Los Sonetos de la Muerte, (flor natural, medalla de oro y corona de laurel). El jurado del certamen estaba compuesto por M. Magallanes Moure, Miguel Luis Rocuant y Armando Donoso. Comienza a usar el seudónimo de Gabriela Mistral.

1915 Muere su padre, Juan Jerónimo Godoy Villanueva.

1917 Aparecen 55 poemas suyos en los cinco volúmenes de los Libros de Lectura de Manuel Guzmán Maturana.

1918 Don Pedro Aguirre Cerda la nombra profesora de castellano y Directora del Liceo de Punta Arenas.

1920 Es trasladada al Liceo de Temuco, con igual cargo.

1921 El 14 de mayo se funda el Liceo de Niñas N° 6 de Santiago. Gabriela Mistral es nombrada su primera Directora.

1922 En el mes de junio, parte a México acompañada de Laura Rodig como secretaria. Va invitada por el Gobierno de ese país, por iniciativa del Ministro de Educación, José Vasconcelos, con el fin de colaborar en los planes de la Reforma Educacional que iniciaba el Gobierno de México y en la organización y fundación de bibliotecas populares.

1923 Aparece en México Lecturas para Mujeres. Se imprimieron 20 mil ejemplares. En Santiago de Chile se publica la segunda edición de Desolación. Se inaugura su estatua en México. La Editorial Cervantes de Barcelona la da a conocer en España en una obra antológica, Las mejores poesías, que lleva un prólogo de Manuel de Montolín. El Consejo de Instrucción Primaria a propuesta del Rector de la Universidad de Chile, don Gregorio Amunátegui, le concede el título de Profesora de Castellano.

1924 Realiza su primer viaje a Europa. En Madrid publica un pequeño volumen de versos bajo el título de Ternura. Ese mismo año visita los Estados Unidos y otros países de Europa (Italia, Francia, España, etc.).

1925 Regresa a Latinoamérica. Es agasajada en Brasil, Uruguay y Argentina. Se radica por algunos meses en Chile y se le reconoce una pensión, jubilándola como maestra.

1926 Es nombrada Secretaria de una de las secciones americanas de la Liga de las Naciones. De paso visita la República Argentina y Uruguay. Este mismo año se publica la tercera edición de Desolación. Ocupa la Secretaría del Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Las Naciones, en Ginebra.

1927 Asiste, en representación de la Asociación de Profesores de Chile, al Congreso de Educadores, celebrado en Locarno, Suiza.

1928 Concorre al Congreso de la Federación Internacional Universitaria de Madrid, como delegada de Chile y Ecuador. El 26 de septiembre es designada por el Consejo de la Liga de las Naciones para ocupar un importante cargo en el Consejo Administrativo del Instituto Cinematográfico Educativo, creado en Roma.

1929 Muere su madre, Petronila Alcayaga de Godoy. Es sepultada en La Serena.

1930 Nueva visita a los Estados Unidos, donde es invitada para dictar cursos y conferencias en establecimientos de Segunda Enseñanza.

1931 Visita las naciones centro americanas y antillanas. Dicta una cátedra de literatura hispanoamericana en la Universidad de Puerto Rico y conferencias en La Habana y Panamá.

1932 Inicia su carrera consular. Es nombrada Cónsul Particular de libre elección. Comienza sus labores en Génova, pero no ejerce sus funciones al declarar su posición antifascista.

1933 En el mes de julio es trasladada a Madrid, en reemplazo de Víctor Domingo Silva. Luego pasa a Lisboa con el mismo cargo.

1934 Publica Nubes Blancas y Breve Descripción de Chile.

1935 Cónsul en Lisboa. Por Ley del Congreso promulgada el 4 de septiembre, se le designa Cónsul de elección con carácter vitalicio.

1936 Viaja a Oporto; luego a Guatemala, con el rango de Encargado de Negocios y Cónsul General.

1938 Realiza una gira rápida por los países de Sudamérica. Reside un breve tiempo en Chile, donde se le rinden numerosos homenajes. En Buenos Aires se publica su libro Tala, editado por Sur, la editorial que dirige Victoria Ocampo. Gabriela Mistral destinó el producto de la edición a las instituciones catalanas que, como la "Residencia de Pedralbes", albergaron a los niños españoles durante la Guerra Civil Española.

1940 Cónsul en Niteroi, Brasil.

1941 Es nombrada Cónsul General de Chile en Brasil. Se establece en Petrópolis, hermoso y pintoresco lugar situado en las montañas, a 75 kilómetros de la capital fluminense.

1943 El 14 de agosto se suicida su sobrino de 17 años, Juan Miguel, a quien consideraba como su "hijo adoptivo".

1945 El 15 de noviembre recibe la noticia que le ha sido concedido el Premio Nobel de Literatura. Tiene 56 años de edad. El 18 de noviembre se embarca para Estocolmo en el vapor sueco "Ecuador". Recibirá el Premio de manos del Rey Gustavo, el 12 de diciembre. Cónsul de Chile en Los Angeles y luego en Santa Bárbara donde compra una casa con el dinero del Premio Nobel.

1947 Recibe el título de Doctor Honoris Causa del Mills College, Oakland, California.

1948 Cónsul en Veracruz, México.

1950 Gana el Premio Serra de las Américas, otorgado en Washington por The Academy of American Franciscan History. Se embarca en Nueva York rumbo a Génova. Cónsul de Chile en Nápoles.

1951 Se le concede el Premio Nacional de Literatura en Chile. Reside en Rapallo.

1953 Cónsul de Chile en Nueva York. Participa en la Asamblea de Las Naciones Unidas representando a Chile.

1954 Viene a Chile y se le tributa un homenaje oficial. Lagar es editado en Santiago por la Editorial del Pacífico. Regresa a los Estados Unidos.

1956 El Gobierno de Chile le acuerda una pensión especial por la Ley que se promulga en el mes de noviembre.

1957 Luego de larga enfermedad, muere el 10 de enero, a las 4,10 horas, en el Hospital General de Hempstead, en Nueva York. Sus restos reciben el homenaje del pueblo chileno, declarándose tres días de duelo oficial. Los funerales, efectuados el 21 de enero, constituyen una apoteosis. Se le rinden homenajes en todo el Continente y en la mayoría de los países del mundo. Por disposición testamental del 17 de noviembre de 1956, donó todos los derechos de sus obras que se publiquen en América del Sur a los niños de Monte Grande.

1958 Aparece en Chile, como tomo IV de las Obras Selectas de Gabriela Mistral, Recados contando Chile, con prólogos y notas de Alfonso M. Escudero.

1967 La Editorial Pomaire publica Poema de Chile.

DESOLACIÓN (DESOLACIÓN, 1922)

La bruma espesa, eterna, para que olvide dónde
me ha arrojado la mar en su ola de salmuera.

La tierra a la que vine no tiene primavera:
tiene su noche larga que cual madre me esconde.

El viento hace a mi casa su ronda de sollozos
y de alarido, y quiebra, como un cristal, mi grito.

Y en la llanura blanca, de horizonte infinito,
miro morir intensos ocasos dolorosos.

¿A quién podrá llamar la que hasta aquí ha venido
si más lejos que ella sólo fueron los muertos?

¡Tan sólo ellos contemplan un mar callado y yerto
crecer entre sus brazos y los brazos queridos!

Los barcos cuyas velas blanquean en el puerto
vienen de tierras donde no están los que son míos;
y traen frutos pálidos, sin la luz de mis huertos,
sus hombres de ojos claros no conocen mis ríos.

Y la interrogación que sube a mi garganta
al mirarlos pasar, me desciende, vencida:
hablan extrañas lenguas y no la conmovida
lengua que en tierras de oro mi vieja madre canta.

Miro bajar la nieve como el polvo en la huesa;
miro crecer la niebla como el agonizante,
y por no enloquecer no encuentro los instantes,

porque la "noche larga" ahora tan solo empieza.

Miro el llano extasiado y recojo su duelo,

que vine para ver los paisajes mortales.

La nieve es el semblante que asoma a mis cristales;

¡siempre será su altura bajando de los cielos!

Siempre ella, silenciosa, como la gran mirada

de Dios sobre mí; siempre su azahar sobre mi casa;

siempre, como el destino que ni mengua ni pasa,

descenderá a cubrirme, terrible y extasiada.

AUSENCIA (TALA, 1938)

Se va de ti mi cuerpo gota a gota.

Se va mi cara en un óleo sordo;

se van mis manos en azogue suelto;

se van mis pies en dos tiempos de polvo.

¡Se te va todo, se nos va todo!

Se va mi voz, que te hacía campana

cerrada a cuanto no somos nosotros.

Se van mis gestos, que se devanaban,

en lanzaderas, delante tus ojos.

Y se te va la mirada que entrega,

cuando te mira, el enebro y el olmo.

Me voy de ti con tus mismos alientos:

como humedad de tu cuerpo evaporo.

Me voy de ti con vigilia y con sueño,

y en tu recuerdo más fiel ya me borro.

Y en tu memoria me vuelvo como esos
que no nacieron ni en llanos ni en sotos.
Sangre sería y me fuese en las palmas
de tu labor y en tu boca de mosto.
Tu entraña fuese y sería quemada
en marchas tuyas que nunca más oigo,
¡y en tu pasión que retumba en la noche,
como demencia de mares solos!
¡Se nos va todo, se nos va todo!

LOS SONETOS DE LA MUERTE (DESOLACIÓN, 1922)

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.
Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido,
Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvoreda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.
Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

II

Este largo cansancio se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres, contentos de vivir...
Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente...
¡y después hablaremos por una eternidad!
Sólo entonces sabrás el por qué no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.
Se hará luz en la zona de los sinos, oscura:
sabrás que en nuestra alianza signo de astros había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

III

Malas manos tomaron tu vida desde el día
en que, a una señal de astros, dejara su plantel
nevado de azucenas. En gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él...
Y yo dije al Señor: - "Por las sendas mortales
le llevan ¡Sombra amada que no saben guiar!
¡Arráncale, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!
¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro viento de tempestad.
Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor".

Se detuvo la barca rosa de su vivir...

¿Que no sé del amor, que no tuve piedad?

¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

BALADA

El pasó con otra;

yo le vi pasar.

Siempre dulce el viento

y el camino en paz.

¡Y estos ojos míseros

le vieron pasar!

El va amando a otra

por la tierra en flor.

Ha abierto el espino;

pasa una canción.

¡Y el va amando a otra

por la tierra en flor!

El besó a la otra

a orillas del mar;

resbaló en las olas

la luna de azahar.

¡Y no untó mi sangre

la extensión del mar!

El irá con otra

por la eternidad.

Habrá cielos dulces.

(Dios quiere callar.)

¡Y el irá con otra
por la eternidad!

VOLVERLO A VER

¿Y nunca, nunca más, ni en noches llenas
de temblor de astros, ni en las alboradas
vírgenes, ni en las tardes inmoladas?

¿Al margen de ningún sendero pálido,
que ciñe el campo, al margen de ninguna
fontana trémula, blanca de luna?

¿Bajo las trezaduras de la selva,
donde llamándolo me ha anochecido,
ni en la gruta que vuelve mi alarido?

¡Oh, no! ¡Volverlo a ver, no importa dónde,
en remansos de cielo o en vórtice hervidor,
bajo unas lunas plácidas o en un cárdeno horror!

¡Y ser con él todas las primaveras
y los inviernos, en un angustiado
nudo, en torno a su cuello ensangrentado!

LA ORACIÓN DE LA MAESTRA

¡Señor! Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el
nombre de maestra, que Tú llevaste por la Tierra.

Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la
belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto.
Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aún me turba, la
mezquina insinuación de protesta que sube de mí cuando me hieren.
No me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de las
que enseñe.
Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender
como ellas lo que no es carne de mis carnes. Dame que alcance
a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto y a dejarte en ella
clavada mi más penetrante melodía, para cuando mis labios
no canten más.
Muéstrame posible tu Evangelio en mi tiempo, para que no renuncie
a la batalla de cada día y de cada hora por él.
Pon en mi escuela democrática el resplandor que se cernía sobre
tu corro de niños descalzos.
Hazme fuerte, aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre;
hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda
presión que no sea la de tu voluntad ardiente sobre mi vida.

PIECECITOS

Piececitos de niño,
azulosos de frío,
¡cómo os ven y no os cubren,
Dios mío!
¡Piececitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves

y lodos!

El hombre ciego ignora

que por donde pasáis,

una flor de luz viva

dejáis;

que allí donde ponéis

la plantita sangrante,

el nardo nace más

fragante.

Sed, puesto que marcháis

por los caminos rectos,

heroicos como sois

perfectos.

Piececitos de niño,

dos joyitas sufrientes,

¡cómo pasan sin veros

las gentes!

EL ANGEL GUARDIÁN

Es verdad, no es un cuento;

hay un Angel Guardián

que te toma y te lleva como el viento

y con los niños va por donde van.

Tiene cabellos suaves

que van en la venteada,

ojos dulces y graves

que te sosiegan con una mirada
y matan miedos dando claridad.
(No es un cuento, es verdad.)
El tiene cuerpo, manos y pies de alas
y las seis alas vuelan o resbalan,
las seis te llevan de su aire batido
y lo mismo te llevan de dormido.
Hace más dulce la pulpa madura
que entre tus labios golosos estruja;
rompe a la nuez su taimada envoltura
y es quien te libra de gnomos y brujas.
Es quien te ayuda a que cortes las rosas,
que están sentadas en trampas de espinas,
el que te pasa las aguas mañosas
y el que te sube las cuestas más pinas.

DECÁLOGO DEL ARTISTA

- I. Amarás la belleza, que es la sombra de Dios sobre el Universo.
- II. No hay arte ateo. Aunque no ames al Creador, lo afirmarás creando a su semejanza.
- III. No darás la belleza como cebo para los sentidos, sino como el natural alimento del alma.
- IV. No te será pretexto para la lujuria ni para la vanidad, sino ejercicio divino.
- V. No la buscarás en las ferias ni llevarás tu obra a ellas,

porque la Belleza es virgen, y la que está en las ferias
no es Ella.

VI. Subirá de tu corazón a tu canto y te habrá purificado a ti
el primero.

VII. Tu belleza se llamará también misericordia, y consolará
el corazón de los hombres.

VII. Darás tu obra como se da un hijo: restando sangre de tu
corazón.

IX. No te será la belleza opio adormecedor, sino vino generoso
que te encienda para la acción, pues si dejas de ser hombre
o mujer, dejarás de ser artista.

X. De toda creación saldrás con vergüenza, porque fue inferior
a tu sueño, e inferior a ese sueño maravilloso de Dios, que
es la Naturaleza.

APEGADO A MÍ

Velloncito de mi carne,
que en mi entraña yo tejí,
velloncito friolento,
¡duérmete apegado a mí!

La perdiz duerme en el trébol
escuchándole latir:
no te turben mis alientos,
¡duérmete apegado a mí!

Hierbecita temblorosa
asombrada de vivir,

no te sueltes de mi pecho:

¡duérmete apegado a mí!

Yo que todo lo he perdido

ahora tiemblo de dormir.

No resbales de mi brazo:

¡duérmete apegado a mí!

LA CASA

La mesa, hijo, está tendida,

en blancura quieta de nata,

y en cuatro muros azulea,

dando relumbres, la cerámica.

Esta es la sal, éste el aceite

y al centro el Pan que casi habla.

Oro más lindo que oro del Pan

no está ni en fruta ni en retama,

y da su olor de espiga y horno

una dicha que nunca sacia.

Lo partimos, hijito, juntos,

con dedos duros y palma blanda,

y tú lo miras asombrado

de tierra negra que da flor blanca.

Baja la mano de comer,

que tu madre también la baja.

Los trigos, hijo, son del aire,

y son del sol y de la azada;

pero este Pan "cara de Dios"*
no llega a mesas de las casas;
y si otros niños no lo tienen,
mejor, mi hijo, no lo tocaras,
y no tomarlo mejor sería
con mano y mano avergonzadas.

* En Chile, el pueblo llama
al pan "cara de Dios." (G.M.)

TODAS IBAMOS A SER REINAS

Todas íbamos a ser reinas,
de cuatro reinos sobre el mar:
Rosalía con Efigenia y
Lucila (1) con Soledad.
En el valle de Elqui, ceñido
de cien montañas o de más,
que como ofrendas o tributos
arden en rojo y azafrán.
Lo decíamos embriagadas,
y lo tuvimos por verdad,
que seríamos todas reinas
y llegaríamos al mar.
Con las trenzas de los siete años,
y batas claras de percal,
persiguiendo tordos huidos
en la sombra del higueral.

De los cuatro reinos,
decíamos, indudables como el Corán,
que por grandes y por cabales
alcanzarían hasta el mar.

Cuatro esposos desposarían,
por el tiempo de desposar,
y eran reyes y cantadores
como David, rey de Judá.

(1) En estos versos Lucila es Gabriela
misma. Las otras tres niñas son sus
compañeras en la pequeña escuela
de Montegrande.

LA FLOR DEL AIRE*

Yo la encontré por mi destino,
de pie a mitad de la pradera,
gobernadora del que pase,
del que le hable y que la vea.

Y ella me dijo: "Sube al monte.

Yo nunca dejo la pradera,
y me cortas las flores blancas
como nieves, duras y tiernas."

Me subí a la ácida montaña,
busqué las flores donde albean,
entre las rocas existiendo
medio dormidas y despiertas.

Cuando bajé, con carga mía,
la hallé a mitad de la pradera,
y fui cubriéndola frenética,
con un torrente de azucenas.
Y sin mirarse la blancura,
ella me dijo: "Tú acarrea
ahora sólo flores rojas.
Yo no puedo pasar la pradera."
Trepe las penas con el venado,
y busqué flores de demencia,
las que rojean y parecen
que de rojez vivan y mueran.
* "La Aventura" quise llamarla;
mi aventura con la Poesía. (G.M.)

"POEMAS DE LAS MADRES"

ME HA BESADO

Me ha besado y ya soy otra; otra, por el latido que duplica el de
mis venas; otra, por el aliento que se percibe entre mi aliento.

Mi vientre ya es noble como mi corazón^{1/4}

Y hasta encuentro en mi hálito una exhalación de flores:

¡todo por aquél que descansa en mis entrañas blandamente,
como el rocío sobre la hierba!

¿CÓMO SERÁ?

¿Cómo será? Yo he mirado largamente los pétalos de una rosa, y los palpé con delectación: querría esa suavidad para sus mejillas. Y he jugado en un enredo de zarzas, porque me gustarían sus cabellos así, oscuros y retorcidos. Pero no importa si es tostado, con ese rico color de las gredas rojas que aman los alfareros, y si sus cabellos lisos tienen la simplicidad de mi vida entera.

Miro las quiebras de las sierras, cuando se van poblando de niebla, y hago con la niebla una silueta de niña, de niña dulcísima: que pudiera ser eso también.

Pero, por sobre todo, yo quiero que mire con el dulzor que él tiene en la mirada, y que tenga el temblor leve de su voz cuando me habla, pues en el que viene quiero amar a aquel que me besara.

LA QUIETUD

Ya no puedo ir por 'os caminos: tengo el rubor de mi ancha cintura y de la ojera profunda de mis ojos. Pero traedme aquí, poned aquí a mi lado las macetas con flores, y tocad la citara largamente: quiero para él anegarme de hermosura.

Pongo rosas sobre mi vientre, digo sobre el que duerme estrofas eternas. Recojo en el corredor hora tras hora el sol

acre. Quiero destilar como la fruta miel hacia mis entrañas.
Recibo en el rostro el viento de los pinares. La luz y los
vientos colorean y laven mi sangre. Para lavarla también
yo no odio, no murmuro, ¡solamente amo! Que estoy te-
jiendo en este silencio, en esta quietud, un cuerpo, un mi-
lagroso cuerpo, con venas y rostro, y mirada y depurado
corazón.

SABIDURÍA

Ahora sé para que he recibido veinte veranos la luz sobre mí y
me ha sido dado cortar las flores por los campos. ¿Por qué, me
decía en los días más bellos, este don maravilloso del sol cali-
do y de la hierba fresca?

Como al racimo azulado, me traspasó la luz para la dulzura
que entregaría. Éste que en el fondo de mí está haciéndose
gota a gota de mis venas, éste era mi vino.

Para éste yo recé, para traspasar del nombre de Dios mi ba-
rro. con el que se haría. Y cuando leí un verso con pulsos tré-
mulos, para él me quemó como una brasa de belleza, porque
recoja de mi carne su ardor inextinguible.

DULZURA

Por el niño dormido que llevo, mi paso se ha vuelto sigiloso. Y es religioso todo mi
corazón , desde que lleva el misterio.

Mi voz es suave, como por una sordina de amor, y es que temo despertarlo.

Con mis ojos busco ahora en los rostros del dolor de las entrañas, para que los
demás miren y comprendan la causa de mi mejilla empalidecida.

Hurgo con miedo de ternura en las hierbas donde anidan codornices. Y voy por el
campo silenciosa, cautelosamente: creo que árboles y cosas tienen hijos dormidos,
sobre los que velan inclinados.

[De Desolación]

"MOTIVOS DEL BARRO"

A Eduardo Barrios

I. EL POLVO SAGRADO

Tengo ojos, tengo mirada: los ojos, de los tuyos que quebró la muerte, y te miro con todas ellas. No soy ciego como me llamas.

Y amo; tampoco soy muerto. Tengo los amores y pasiones de tus gentes derramadas en mí como rescoldo tremendo. El anhelo de tus labios me hace gemir.

LA SED

_Todos los vasos tienen sed _siguió diciéndome el alfarero _; éstos como los míos, de arcilla perecedera. Así los hicieron, abiertos, para que pudieran recibir el rocío del cielo, y también para que huyera presto su néctar.

Y cuando están colmados tampoco son dichosos, porque todos odian el líquido que hay en su seno. El vaso de falerno aborrece su áspero olor de lagares; el de óleo perfumado odia su espesura y envidia al vaso de agua clara.

Y los vasos con sangre viven desesperados del grumo que se cuaja en las paredes y que no pueden ir a lavar en los arroyos.

Para pintar el ansia de los hombres haz e ellos solamente el rostro con los labios entreabiertos de sed, o haz sencillamente un vaso, que también es una boca con sed.

[De Desolación]

LAS BARCAS

12 de septiembre de 1927

Los hombres hicieron las barcas; pero ellas cobraron alma al tocar el mar, y se han liberado de los hombres.

Si un día los marineros no quisieran navegar más, ellas romperían sus amarras y se irían, salvajes y felices.

Los marineros creen llevarlas, mas son ellas quienes los rigen. Los incitan cuando se adormecen en las costas, hasta que ellos saltan a los puentes.

Si arriban a las costas, es por recoger frutos: las piñas, los dátiles, las bananas de oro. El mar, amante imperiosa, les pide la fragancia de la tierra, que las olas aspiran, irguiéndose.

Desde que las barcas tocaron agua viva, tienen alma salvaje. Engañan a los pilotos con que siguen su camino. Van por la zona verde, donde el mar se endurece de tritones y choca como muchos escudos.

Nunca saben los pilotos el día preciso de los puertos; consultan siempre algún error en los cálculos, y este error es el juego de las barcas con las sirenas.

Tienen las barcas cabelleras de jarcias, pecho de velamen duro, y caderas de leños amargos. Sus pies van bajo el agua como los de las danzadoras de largas túnicas.

Llevaron a los descubridores. Mientras ellos dormían, las barcas burlaron sus sendas $\frac{1}{4}$

Porque se hacen signos secretos con las islas desconocidas, y las penínsulas llaman alargándose como un grito.

No van llevando a los hombres a vender sus paños; se echaron al mar para existir libres sobre él.

Si un día los hombres no quieren navegar más, ellas se irán solas por los mares, y los marineros desde las playas, gritarán de asombro al saber que nunca fueron pilotos. Que, como las sirenas, ellas son hijas de la voluntad del mar.

[De Tala]

SIN TI

Desde que me quedé sin ti, me quedé sin un árbol, sin un hilo de agua, sin tierra en la tierra. Y me vino esta ansia de andar, no por ir buscando el paisaje sino por ir buscando la fatiga. Delante de las puestas de sol maravillosas yo no me he detenido; una fragancia que venía de las cercas próximas no me ha hecho volver el rostro.

Esa, dicen, tiene hambre de tierra, la divina ambición de todos los vientos. Y es mentira, porque yo no tengo más que el ansia de una fatiga mayor que ésta, que rompa los huesos y los esparza, por fin, en el camino.

[De Reino]

LA CENIZA

La ceniza es ligera y callada.

La ceniza viuda del gajo fuego, que no brinca más con treinta piernas rojas, de fuego centauro, que siempre venció tirando lanzazos atarantados, pero que también hubo de morir. La ceniza sin fiesta, tumbada como la viuda hindú.

La ceniza-beguina, oración exenta de ímpetu, sin levantamiento de palabra en el pecho; la gris, ayuna de toda voz en su pequeña derrota; con callada muerte de pobre.

La ceniza que cubrió la brasa penúltima un poco como mujer, guardándole el tizón rosado.

La ceniza clara, que deja la leña tierna, felpa de cariño, parecida a la arruga mayor que corre por el cuello de la madre vieja, tibia como un pájaro que acaba de morir, pero que ya no se voltea y no responde.

La ceniza de los árboles amargos, que (es) acre en la lengua, que no quiere ser probada, áspera por voluntad de pureza.

La ceniza que ayuda a la tierra fecunda, hermana sin hijo que alimenta al de otra.

La ceniza es ligera y callada.

Ceniza buena de la muerte; un copo liviano sobre la boca que ya no avienta cosa alguna. Buen sayal que cae sin pliegues de la cabeza a los pies, tan largo como se quiera, tan espeso como lo pide el corazón, para ensordecerse bien.

La ceniza, que aleja de la carne tendida la hormiga larga de la muerte y el feo moscardón de la muerte.

[De Reino]

ELOGIO DEL AGUA

El agua es ágil y no lleva memoria consigo.

El agua camina arrodillada, como deben ir allá arriba los ángeles de la Reverencia, corriendo hacia el mejor.

El agua que va con los semblantes del paisaje, listada por el rostro de las cosas, como si fuese a dar testimonio de todas ellas, y que no se rinde, del peso, y sigue con su carga de semblantes sin que nadie vea quién se la recoge.

El agua inarticulada, que tiene por voluntad el no tenerla, libre de coyunturas como el aire, sin las muecas y los tendones de las demás criaturas. El agua que se da sin romperse, única dación sin dolor, que puede ser en la altura la de los ángeles.

El agua es ágil y sin objeto propio.

El agua de los surtidores, con anchos brazos líquidos en los cuales el espíritu de los parques goza mil esposas y la misma esposa de mañana a noche, abrazo que la mujer no ha aprendido.

El agua de las fuentes, que escucha hacia adentro como Ruysboeck, agua religiosa de labio más delgado que la daga. El agua de alguna fuente cuya mirada ahuecó mi ojo hasta la nuca y que me dijo una palabra en la cual entró la muerte y no me deja más.

El agua es ágil y sin objeto propio.

El agua en los canales, agua de ingenierías de hombre, que corre como un paño burgués por su camino sin sorpresas, Cleopatra vieja que renegó la aventura a fin de seguir viviendo ¼

Los ríos que hacen sobre la Tierra sus versos ágiles: garabateos sin sentido de los primeros niños que hubo en el mundo. Los ríos pesados que alcanzan el verde como una nobleza marina; los pequeños ríos grises, que van como plumón ralo de pichón; mis ríos chilenos. Los ríos de Chile que bajan rompiendo ajorcas de vidrio por los cerros y las rehacen en el llano, y no pierden en el viaje ni una sola ajorca.

El agua es ágil y no lleva memoria consigo.

El agua de las cascadas, Penélope que teje y desteje su vestido y extiende las falda y la encoge otra vez, loca de espera y ciega de la única blancura.

El agua musical de las cascadas, que hace su fiesta para sí misma y juega a tener treinta y tres voces. El agua que engaña a las piedras con que tienen gargantas y se las muda de sitio a cada momento y les da entre pausa y pausa muerte y resurrección.

El agua de las cascadas americanas, que vienen en un juego pasándose la una a la otra la estrofa bárbara, desde Alaska a la Patagonia, zancada a zancada musical, como las mujeres que bailando se pasan una flor; y la flor vuelve a subir de la Patagonia a la Alaska, y la vieja travesura no cansa al agua ni al tiempo.

El agua es ágil y sin objeto propio.

El agua es marina, tarde en la ira como Jehová en el salmo y cuya piedad hará tal vez los añiles de su techo. El agua del mar que sólo quiere juntar su espejo para que el planeta líquido vuelva a correr el cielo como un pez.

El agua marina que tiene vuelta la espalda y que debajo está con el ojo fijo de Cellini, haciendo una concha marina de doscientas espirales y buscando cales para su caracol con un movimiento rápido de pestañas.

El agua marina que saló nuestra sangre y se volverá dulce con nuestra sangre al final de los tiempos, pero no antes.

[De Reino]

ELOGIO DE LAS PIEDRAS.

Las piedras arrodilladas, las piedras que cabalgan y las que no quieren voltearse nunca, como un corazón demasiado rendido.

Las piedras que descansan de espaldas, como guerreros muertos y tienen sus llagas tapadas de puro silencio, no de venda.

Las piedras que tienen los gestos esparcidos, perdidos como hijos: en una sierra la ceja y en el poyo un tobillo.

Las piedras que se acuerdan de su rostro junto y querrían reunirlo, gesto a gesto, algún día.

Las piedras amodorradas, ricas de sueños, como la pimienta de esencia, pesadas de sueño, como el árbol de coyunturas, la piedra, que aprieta salvajemente su tesoro de sueño absoluto.

Las piedras arrodilladas, las piedras incorporadas, las piedras que cabalgan y las que no quieren voltearse, igual que corazones demasiado rendidos.

La piedra cabezal para el Jacob de nuca fuerte, la piedra enjuta como el número, sin bochorno y sin rocío igual que el número.

La piedra redondeada que es solamente un gran párpado, sin pestaña, como el de Matusalem. La cumbre en garfios de los Andes místicos, que era una llama sin danza, parada como la Sara de Lot y que no quiso contestar en mi infancia y no me contesta todavía.

Las piedras con sobresalto de oro o de plata, con punzadura súbita de cobre, que están asombradas del intruso. Piedras turbadas por sus almendras de metal, como por el dardo invisible.

Las piedras arrodilladas, las piedras incorporadas, las piedras que corren en falange o en muchedumbre, sin llegar a ninguna parte.

Las piedras mayores de los ríos, de costado escurridizo, como el abogado, y que tienen las mismas vegetaciones lacias, que se pegan a la cabellera de las ahogadas. Las piedras suaves que pueden tocar al desollado y no lo hieren y pasan sobre su cuerpo con la propia lengua de su madre y no se cansan.

Las piedras menores de los ríos, los guijarros pintados como el fruto y que, ellos sí, pueden cantar. Yo también tuve cinco años y cuando los puse debajo de mi almohada, alborotaban como un montón de niños que se ahogaban o bien hacían ronda en torno del núcleo de mi sueño, dueños de él, guijarros pueriles venidos a mis sábanas por jugar conmigo.

Las piedras que no quieren ser lápidas ni fuente, por no recibir el gesto ajeno y se rehúsan a la inscripción intrusa para hacer subir algún día el gesto, el habla de ellas mismas.

Las piedras mudas, de tener el corazón más cargado de padión que sea dable y que por no despertar su almendra vertiginosa, sólo por eso no se mueven.

[De Reino]

ELOGIO DEL ACEITE.

El aceite, más pausado que la lágrima y también más que la sangre.

Cuando resbala hacia las vasijas de vientre negro y las vasijas de vientre rojo, donde en diciembre descansa del dolor de la exprimadura.

El aceite suavizador de la entraña. Él entró en el corazón del magnánimo que perdona setenta veces, según la voluntad de Nuestro Señor, y a causa de ese perdón lleva cada mañana unos ojos recién nacidos.

El aceite que suelta nuestras coyunturas lo mismo que afloja los hierros pertinaces y nos deja desgranados con dulzura en mazorcas subterráneas, cosecha de la buena muerte.

El aceite rubio, hijo solar de madre taciturna, presente y escondido en la negrura consumada de la aceituna como la sabiduría en la frente del Buen Pastor. El aceite ni dulce ni salobre, como la sabiduría.

El aceite que arde para darse en la llama una mirada a sí mismo y conocerse. Llama el aceite sin ambición, que sólo quiere señalar el punto en que está el pecho de las catedrales; llama sin ningún ímpetu que es la confianza de Cristo que no alcanza a palabra y ni a sílaba.

El aceite, más lento que la lágrima y más pausado que la sangre.

El aceite, buen samaritano, que cura y vela como el otro, digno de haber participado en el Evangelio, siendo el treceavo apóstol. De haber seguido la vía sacra, el aceite lamiera las siete llagas como un perro divino, y Cristo, tal vez, no da al morir el grito que contó Mateo.

El aceite que no quiso quemar a Juan Evangelista en la caldera, y solamente lo sumió de la coronilla a los pies y entró por sus poros a probar su sangre, única cosa mejor que él mismo.

El aceite, que va a ser convocado con las virtudes cardinales de la Tierra y se va a sentar entre las otras materias, con rostro de oro vegetal, con brazos graves y en una dorada vertical de ropas talaes.

El aceite, más lento que la lágrima y más pausado que la sangre.

[De Reino]

ELOGIO DE LA SAL.

La sal, que en los montones de la playa de Eva del año 3000, parece frente cuadrada y hombros cuadrados, sin paloma tibia ni rosa viva en la mano y de la roca que brilla más que la foca de encima, capaz de volver todo joya.

La sal que blanquea, vientre de gaviota, y cruje e la pechuga del pingüino y que en la madreperla juega con los colores que no son suyos.

La sal es absoluta y pura como la muerte.

La sal que clavetea en el corazón de los buenos, y hasta el de Nuestro Señor Jesucristo, hará que no se disuelvan en la piedad.

[De Reino]

LA HARINA.

La harina es luminosa, suave y grávida.

La harina clara del arroz, que cruje como la buena seda; la que llaman almidón, fresca como agua de nieve y que alivia la quemadura. La harina resbaladiza como la plata, de la patata pobre. ¡Las muy suaves harinas!

La harina grave, que hace la pesadumbre de la espiga del arroz o del centeno, tan grave como la tierra, tierra ella misma que podría hacer caminos lácteos para criaturas sin pecado original.

La harina suave, que resbala con más silencio que el agua y puede caer sobre un niño desnudo y no lo despierta.

La harina es clara, suave y grávida.

La harina materna, hermana verdadera de la leche, casi mujer, madre burguesa con cofia blanca y pecho grande, sentada en un umbral con sol: la que hace la carne de los niños. Ella es bien mujer, tan mujer como la goma y la tiza; ella entiende una canción de cuna si se la cantáis y entiende en todas las cosas de mujer.

Y si la dejáis solita en el mundo, ella lo alimentará con su pecho redondo.

Ella puede también hacerse una sola montaña de leche, una montaña lisa por donde los niños ruedan y ruedan.

Harina-madre, y también niña eterna, mecida en el arrozal de pliegues grandes, hijita con la que los vientos juegan sin verla, tocándole el rostro sin conocerlo.

La clara harina. Se la puede espolvorear sobre la pobre tierra envejecida y negra, y ella le dará unos campos grandes de margaritas o la decorará como la helada.

La harina es clara, suave y grávida.

Si caminara, nadie le oiría los pies de algodón, que se sumen, de pesados, en la tierra; si quisiera bailar, se le caerían los brazos graves; si cantara, el canto se le apagaría en la gruesa garganta. Pero no camina, ni baila, ni canta. Si quiere tener nombre, hay que hacerle nombre con tres B o tres M blandas.

Noviembre de 1926

[De Reino]

ELOGIO DEL ORO.

El oro que en una lámina más delgada que mi aliento yo he levantado a la altura de mis ojos y que así, contra la luz de Mayo, me dio una mirada casi verde, una mirada gemela parada como la mía entre el verde y el dorado y que me conmovió como la de un hermano mellizo.

El oro que, hecho polvo, se vuelve patético y contra el sol logra el violeta y aspira al púrpura, porque como otros reyes, como David o Luis de Baviera, él también querría conocer angustia.

El oro ofreció a la niña que sale desnuda del río cubrirla con lámina y lámina. La niña aceptó la gasa seca de oro que le hace un engaño de color con su resplandor. Ella la recogió después, hoja a hoja, y cuando la acabó de poner sobre su palma supo que la vestidura recogida era menos gruesa que la hoja grasa de la hiedra y la sostuvo en la palma con menos peso de una gota de su sangre.

El oro que se gasta en el tacto por uno como pudor de ser bello y no acabarse y una vergüenza de compararse a lo divino y que me consuela a mi propia muerte.

El oro que el antiguo llamaba metal dulce al lado de los pertinaces, polen más duro únicamente, o cera un poco más terca.

El oro sin irritación (parecido a los viejos angélicos), en la ofensa del lodo y del ácido.

El oro que corre por mis ríos familiares, haciéndoles más dulce el limo, con gana de labios de agua, con gana de peso de aguas musicales, sobre su semblante.

El oro voluntariamente aglutinado con la plata segundona, en apetito cristiano de aplebeyamiento.

El oro que el alquimista nombraba con la misma cifra del sol por consolarlo, el oro engendrado y sustentado del sol que reprocho y que ha de morir con el otro, ennegreciéndose de ese duelo como una pavesa, porque es fiel. Contó Boghes, el árabe para los suyos y para mí, que todos los cuerpos pasan, en su último término, unos en almendra de oro y otros en almendra de plata. (Contó para mí que no quiero podrirme). Dejo dicho aquí el oro, creyéndole a Boghes que será mi última carne y la última asomadura de mi semblante en este mundo.

[De Reino]



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes

agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007

